

CEP - 106 - 1990



Carátula: Gilmer Torres R.
Grabado (detalle): Maximino Cerezo B.

CENTRO DE ESTUDIOS Y PUBLICACIONES (CEP)
Jr. Lampa 808 - Of. 601, Apdo. 6118
Lima, Perú

SEPTIEMBRE 1990

YO SOY tu hermano

En las huellas de Jesús de Nazaret

**Jorge Alvarez Calderón
Federico Carrasquilla
Benito Cassiers
Gastón Garatea
Miguel Martel**

Fraternidades de Carlos de Foucauld

cep

La Iglesia nazarena y las fraternidades

Jorge Alvarez Calderón

Y el Verbo se hizo carne'

La experiencia de una iglesia de los pobres, es decir de una iglesia que, por fidelidad evangélica, se va haciendo pobre y solidaria con la causa de los pobres, nos da luz para descubrir y comprender mejor los rasgos nazarenos que debe desarrollar para ser fiel a su Señor.

EL CUERPO NAZARENO DEL RESUCITADO

No puede pensarse en efecto una iglesia sin relación con el Resucitado. Y éste, lo sabemos, es el Nazareno crucificado. Ahora bien, uno de los hechos eclesiológicos más ricos en estos años posconciliares es el acercamiento solidario, por motivos eminentemente evangélicos y misioneros, de muchos sectores de iglesia al mundo de los pobres. Este acercamiento ha dado un nuevo rostro a la iglesia, ha sido uno de los efectos más saludables del Concilio, ha constituido algo así como una desinstalación de la iglesia de un lugar social al cual los procesos complejos de la historia la habían prioritariamente ubicado, hacia su lugar original, el de las comunidades primitivas, el de Jesús, es decir el lugar de los últimos. Este es un

proceso que sigue la línea de los consejos de Pablo a su iglesia querida de Filipos: "Tengan entre ustedes los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús: El, que era de condición divina, no se aferró celoso a su igualdad con Dios sino que se rebajó a sí mismo hasta ya no ser nada, tomando la condición de esclavo, y llegó a ser semejante a los hombres" (Filip. 2, 6-7). Ha habido una suerte de rebajamiento de la iglesia al mundo de los nazarenos en seguimiento de su Maestro.

Pero este hecho ha tenido frutos mayores. Los mismos "nazarenos" se van descubriendo iglesia y van acogiendo el evangelio, se reúnen en comunidades eclesiales, asumen activamente la misión de la iglesia. Ellos permiten ahora -fenómeno nuevo, todavía frágil, pero de hondo significado- que la iglesia no sólo esté cerca de los nazarenos sino que ella misma tenga rostro nazareno, como Jesús.

Los pobres de nuestros pueblos son realmente nazarenos. Porque no cuentan, son anónimos. Porque tienen una manera de hablar, un dejo, una cultura periférica, son despreciados. Porque también son sospechosos social y políticamente. ¿No se les ve acaso como peligro para un cierto orden establecido? Sospechosos también religiosamente. ¿No se les considera a menudo como ignorantes en materia de fe, deformados por una religiosidad popular demasiado fácilmente tildada de atrasada y deformada? ¿No se nota aún una cierta reserva para darles un lugar preferencial en nuestra iglesia, particularmente en las instancias de consulta y decisiones? En verdad la pregunta de Natanael es todavía vigente: "¿De Nazaret puede salir algo bueno?" (Jn. 1, 46). El reproche de los magistrados a Nicodemo se escucha también hoy: "Indaga y verás que de Galilea no sale ningún profeta" (Jn. 7, 42). Todo esto es triste pero real; se da todavía en nuestro medio y en muchos sectores de creyentes.

Pues bien, el hecho eclesiológico nuevo es que la iglesia se está haciendo pobre. No sólo porque sus agentes pastorales

se acercan a los sectores populares sino porque esos nazarenos de nuestros pueblos van entrando cada vez más a ser parte activa de la comunidad eclesial. Ellos están significando mucho para el ser y la misión de la iglesia, para la espiritualidad y para la profesión eclesial.

En primer lugar porque contribuyen, por su ser mismo, a ubicarla. No es una iglesia neutra socialmente como Jesús no fue neutro socialmente. Es una iglesia ubicada, concretamente encarnada como lo fue Jesús. Esas comunidades están siendo "cuerpo nazareno" del Resucitado en el hoy de nuestros pueblos. Esas comunidades de pobres viven en los sectores pobres del campo y la ciudad, son pueblo pobre asumido sacramentalmente por el Señor. Ellas saben por lo tanto lo que es la vida nazarena. Son pueblo y por lo tanto forman parte de ese mundo tan complejo, rico y doloroso a la vez, de los desplazados de la tierra. Saben lo que es nacer despreciado, insignificante. Saben lo que es luchar por la vida día a día, saben lo que es inseguridad, sudor, necesidad, desprecio, marginación, muerte. Pero saben también lo que es solidaridad, cariño, ayuda mutua, fidelidad. No son perfectos y por lo tanto saben también de pecado, de vicios y debilidad, de traiciones y opresión. Saben además vivir y festejar porque su resistencia atraviesa siglos y su afirmación de vida se expresa en sus luchas y su temura, en su tenacidad, en sus fiestas y en su fe. Los nazarenos tienen una muy larga "vida oculta" que les hace, en muchos aspectos, expertos en humanidad. Ellos, como Jesús en Nazaret viven cotidianamente esa "vida oculta" que forja su personalidad. Por ese cotidiano vivir adquieren actitudes ante el mundo, sensibilidades muy agudas frente a los desprecios, frente al trabajo, frente a los orgullosos, frente a los vicios, frente a la vida, frente a la muerte, frente a Dios. La "vida oculta" de los pobres es algo así como un misterio insondable de humanidad, vivido muchas veces en el sufrimiento desgarrador, la impotencia y la oscuridad, pero también en la temura y la fuerza, en la esperanza "contra toda esperanza".

Nuestra iglesia, al llamarse de pobres, se llena y enriquece de esa vida oculta que los marca. Adquiere, por la condición misma de esos miembros suyos predilectos, esa calidad de "experta en humanidad" no precisamente por sabias teorías sino por las vivencias intensas de vida y de muerte de las que estos pobres son portadores. Recupera así también la fuerza profética que cuestiona a los que desprecian y matan a los débiles e insignificantes; está en mejores condiciones por lo tanto para ser profecía -palabra interpelante de Dios- desde su ser concreto.

POR LOS CAMINOS DEL NAZARENO

Desde Medellín el tema de la opción por los pobres es motivo de una búsqueda y de un debate central en la vida de la iglesia. No porque antes no se viera la relación íntima existente entre el evangelio y los pobres, punto siempre presente en la espiritualidad cristiana. Sino porque en las últimas décadas se va descubriendo con mayor claridad las causas estructurales de la pobreza. Los pobres son vistos hoy con más claridad como el producto de una situación social de injusticia, su masiva presencia es un verdadero escándalo social, escándalo de infraternidad, producto masivo de un mundo construido sin tener en cuenta el proyecto del Reino que es proyecto de comunión y de vida. Ante este hecho masivo de inhumanidad la conciencia cristiana queda interpelada. Las formas tradicionales de la práctica de la caridad han debido ser cuestionadas y enriquecidas. Se ve hoy con mayor claridad que el amor fraterno debe vivirse en términos de solidaridad. No se trata sólo en efecto de ayudar al pobre individual en su necesidad sino de identificarse con el problema angustiante de nuestras mayorías en vistas a cambiar la situación. Significa también dejar de lado salidas individualistas para hacer de cada vida personal un germen fraterno de transformación y humanidad. Supone identificación, compromiso, entrega total y generosa, cabalmente para que no haya pobres, para que

todos tengan derecho a la vida, para que desaparezca del mundo todo rastro de despojo o desprecio al hermano.

Aquí se ubica la vocación y opción nazarenas de Jesús como exigencia para todo aquel que desea ser su discípulo. Jesús, lo vimos más arriba, pudo apelar a su origen davídico para legitimar su misión, sin embargo asumió conscientemente su ser nazareno. Optó. Sin duda los años de "vida oculta" fueron los años donde maduró esa opción. La vivencia como nazareno inmerso en la vida de su pueblo y su diálogo intenso e íntimo con su Padre, le hicieron ver el camino. No podía iniciar su vida pública sino como nazareno, asumiendo siempre con amor fiel su condición y la causa de sus hermanos, marcando desde el inicio su estilo de vida. Fue perfilándose en él su manera de ser mesías, Servidor de Yahvé. Y fue fiel a su Padre hasta la muerte.

Los cristianos hoy en día estamos llamados a una opción nazarena. Y los pobres de nuestras comunidades, aquellos que, por ser pueblo, cargan sobre sí el pecado del mundo, nos enseñan de hecho, el camino nazareno de la solidaridad.

Ellos por cierto tendrán a su manera los miedos del joven rico o las impacencias de los zelotas; tendrán las tentaciones de espiritualismos desencarnados que no cuestionan salidas individualistas y tentaciones de eficacia a corto plazo que no toman en cuenta todas las dimensiones del Reino. Sin embargo hay ya muchos ejemplos de cristianos pobres quienes, como su Maestro, optan no por salirse de su medio sino por encarnarse activamente en él perdiendo muchas seguridades fáciles; optan por identificarse con la causa de su pueblo y desde ahí dignificar y dar esperanza a los sin nombre, sus hermanos. Optan por el camino del Servidor nazareno. Son discípulos que enseñan a otros a ser discípulos, son discípulos cuyo testimonio vivifica y humaniza el proceso de liberación de los pobres. ¡Cuántos han derramado ya su sangre por ese

intenso amor de discípulos!

Alguien ha dicho que a Dios no se le conoce si no se le practica. Un conocimiento en profundidad es un conocimiento de comunión. Comunión de vida, de inquietudes, de proyecto. A una persona se la conoce en el sentido pleno de la palabra sólo si se comulga con ella, si se la asume en lo más profundo que ella tiene, su proyecto y su práctica. Ahora bien, Dios manifestó la trascendencia de su amor en la encarnación de Jesús y en su encarnación nazarena. Por ella se hizo presente al mundo desde los últimos. Se hizo uno de ellos, convivió largamente, creció, desarrolló carne nazarena. Como para decirnos que la comunión plena en la humanidad, entre sí y con Dios, no se hará nunca sino desde los de abajo. Ese fue su beneplácito. Sólo el que acoge el don de Dios arriesgando asumir esa misma práctica podrá realmente conocer quién es el Padre. El amor exige entrar en comunión desde una práctica. Una iglesia que se hace pobre, que se identifica con el mundo del pobre, que está inserta en la problemática diaria del pobre, que se entrega y lucha con amor, esa iglesia nazarena está en mejores condiciones de conocer a su Maestro nazareno y descubrir en él toda la insondable riqueza de su amor y fidelidad. Ella puede conocer a su Dios, desde una experiencia de comunión con él.

Es impresionante ver la gran corriente de espiritualidad y de santidad que surge de esta iglesia en proceso de ser cada vez más nazarena. El hambre por la palabra de Dios y la devoción sencilla pero profunda de nuestras comunidades se conjuga con múltiples ejemplos de entrega admirable, muchas veces heroica, al hermano. Basta ver las innumerables iniciativas de servicio que brotan por todos lados y que son solidaridad concreta de los pobres; basta constatar la cantidad de personas que, motivadas por una profunda fe y un gran amor, asumen compromisos en las organizaciones del pueblo, se desviven por sus hermanos y muchas veces, sufren por ello persecución y muerte. Santos nazarenos, concedores en la

práctica de su Maestro nazareno. Ellos mejor que nadie pueden decirnos quién es Dios (1) .

TESTIGOS NAZARENOS DE LA RESURRECCION

En los Hechos de los Apóstoles, el criterio de elección de aquel que debía reemplazar a Judas fue el siguiente: "Es preciso, pues, que de entre los hombres que anduvieron con nosotros durante todo el tiempo que convivimos con Jesús, desde el bautismo de Juan hasta el día en que nos fue llevado, uno de ellos venga a ser junto con nosotros testigo de su Resurrección" (Hechos 1, 21-22).

Según este pasaje, el testigo válido de la Resurrección sólo podía ser aquel que hubiera convivido y caminado con Jesús durante toda su vida pública. La práctica del seguimiento concreto fue condición necesaria para comprender a cabalidad el motivo de la crucifixión y por ende, el sentido sorprendente de la Resurrección. Había fundamento para ello pues sin la experiencia vivencial de los hechos era imposible dar cuenta de la novedad cristiana.

(1) El tema de la IV Conferencia del episcopado latinoamericano a realizarse en Santo Domingo "Una nueva evangelización para una nueva cultura" plantea entre otros el importante punto del sujeto evangelizador. Desde la perspectiva de estas páginas, una iglesia nazarena, conformada por los mismos nazarenos es la más apta para evangelizar a las nuevas culturas que se van afirmando en el proceso liberador de nuestros pueblos. Estos nazarenos, -laicos, religiosos, sacerdotes- que provienen de estas culturas marginadas y en proceso de afirmación son los más indicados para comprender desde dentro lo que está ocurriendo. Ellos también podrán, desde su propia interiorización del evangelio, indicar las maneras de hacer carne el mensaje de Jesús en esas culturas emergentes. Ellos sabrán discernir mejor que nadie los "gérmenes del Verbo" presentes en su mundo y los podrán desarrollar con signos y palabras apropiadas, sobre todo con la coherencia del testimonio íntegro y comprometido con su pueblo, íntegro y comprometido con su Dios. Ellos serán también los más capacitados para plantear al conjunto de la iglesia los retos de fondo de esa "nueva evangelización" que debe hacerse desde dentro de las culturas de los pobres. Todo está sin embargo en que se lo permitamos hacer. . .

En efecto, la práctica de Jesús había terminado en un total fracaso a los ojos de los habitantes y peregrinos de Jerusalén y muy particularmente para aquellos que de buena fe habían creído en él y lo habían seguido (Lc. 24, 18-21). Sin embargo por la Resurrección esa práctica recibió una luz totalmente nueva. El condenado apareció como glorificado, el blasfemo como Hijo muy amado, más aún como el Señor "de vivos y muertos". Esa práctica, escandalosa práctica de nazareno, resultó ser la única grata a los ojos del Padre. Verdaderamente la Resurrección cambiaba toda la situación: los hasta ahora victoriosos quedaban confundidos y los confundidos salían asegurados! Había que haber caminado esos tres intensos años con Jesús para comprender el sentido de ese hecho de fe y verlo como "dabar", es decir como palabra reveladora de Dios, acción vivificadora del Padre sobre las fuerzas de muerte que habían eliminado al Justo, al Mesías nazareno. Sólo esos discípulos podían ser testigos de aquella Buena Nueva. La comunidad cristiana primitiva vivió con intensidad esa experiencia y llena del Espíritu recibió la fuerza y la audacia para gritar que el Crucificado había sido resucitado. Haciéndolo se convertía en germen de nueva humanidad regenerada según Dios.

Hoy en día la iglesia, continuadora de la experiencia primera, está llamada también a ser testigo de la Resurrección en un mundo donde cunde el dolor y la desesperanza. Es preciso testimoniar y anunciar al Resucitado; es preciso decir con fuerza que Dios venció, que la muerte no tiene la última palabra, que la vida plena sí es posible. La iglesia en esa dinámica tiene como misión "hacer discípulos a todas las naciones" (Mt. 28, 19), es decir, introducir en el mundo la práctica nazarena como forma divinamente eficaz de acoger a Dios y de reconstruir la comunión desde la referencia al último, la solidaridad, el amor, la entrega total.

Nuestra iglesia, cuanto más abajo se ubica en la escala social, cuanto más identificada y solidaria con los nazarenos,

cuanto más nazarena es, tanto más capacitada estará -sociológica y teológicamente- para conocer a Jesús y para ser, como Jesús, evangelio, buena nueva para el mundo. Los nazarenos -por nacimiento y por opción- serán los mejores portavoces del mensaje de la Resurrección. Su testimonio sencillo, valiente, lleno de hondura humana y de fe forma la vida. Viven en condiciones de muerte sí, pero muy precisamente por ello, no se detienen y más bien caminan, luchan, bailan. En ellos está presente el Espíritu de vida. Y aquellos que por su práctica fiel son eliminados en el camino, se convierten más que nunca en testigos firmes del Resucitado, hermanos mayores cuya fidelidad hasta la muerte da sentido definitivo a sus vidas, suscita vida y motiva más entrega de vida.

Una iglesia así conformada y comprometida estará en condiciones para generar esa inmensa corriente de vida solidaria - el discipulado- que nuestros pueblos tanto necesitan. Su vida y su práctica será factor importante para dignificar y dinamizar desde dentro a los hasta ahora postergados de nuestros pueblos y para ser llamado de conversión para el resto del mundo. ¿No es algo de eso lo que precisamente está ocurriendo -más allá de tantas debilidades, miedos e infidelidades- a través del proceso de renovación eclesial de estos últimos decenios? (2) . Nuestra iglesia es verdad, se vuelve sig-

(2) No podemos obviar las tensiones que existen actualmente alrededor de este proceso de renovación eclesial, los temores y sospechas al respecto así como las medidas que se van tomando para frenarlo. El asunto preocupa porque incide justamente en aquello que está haciendo más significativa a la iglesia para las mujeres y hombres de nuestro tiempo.

El momento sin embargo debe ser comprendido a cabalidad para no caer en rápidos pesimismo o en consideraciones que falsean el problema. A nuestro parecer, ésta es una crisis de asimilación de dos eventos magnos de nuestra iglesia, el Concilio y Medellín. Lo que está en juego en el fondo es la manera de comprender la relación iglesia-mundo y, más profundamente la relación Dios-mundo o mejor dicho, la relación Dios-pobre. El debate es por lo tanto central e importante y es comprensible que produzca mucha ansiedad en ciertos sectores. Lo que importa, por lo tanto, es encontrar un lenguaje que permita comprender el sentido de los pasos que se dan. Ese lenguaje no será el de la sola reflexión teológica, sino el que está relacionado íntimamente con una coherencia de vida en el pueblo unida a una porfiada fidelidad eclesial. El lenguaje del testimonio es

nificativa en la medida que se hace nazarena. Significativa porque se asemeja más a su Maestro, significativa porque su testimonio es de crucificados que viven y anuncian la Resurrección desde su inmenso amor comprometido para que no haya desesperación y muerte. Una iglesia así, por su semejanza al Cristo que adora, contribuye a que el mundo salga de las oscuridades que lo matan.

Hoy en día el misterio de Nazaret se vive cotidianamente sobre todo en las comunidades de pobres. Ellos son nazarenos de nuestra historia y cuerpo nazareno del Resucitado. Su discipulado toma características materiales concretas, por eso es tan sólido. Su testimonio, en condiciones tan difíciles es anuncio de la novedad del Resucitado. Ellos mejor que nadie están capacitados para darlo. Con esos cristianos nuestra iglesia adquiere rostro nazareno, ubicación nazarena, manifestación profunda del acercamiento de Dios, del Dios cercano. Es signo de salvación, históricamente comprensible y cuestionador.

Por eso el "misterio" de Nazaret debe ser continuamente trabajado en nuestra iglesia, para ahondar en una característica central de su manera de ser en el mundo. Pues así manifestó Dios su amor. Las comunidades de nazarenos son las que mejor pueden ayudarnos a comprender en la práctica el significado y la hondura de ese hecho.

LA FRATERNIDAD EN AMERICA LATINA

La vida de Carlos de Foucauld tan fuertemente marcada por el encuentro con su "Bienamado Hermano y Señor Jesús" fue desde su conversión una continua, una insaciable

en este momento, como en todo momento clave de la vida de la iglesia, el más comprensible y el que más peso tiene, el que permite diluir miedos y sospechas, el que ayuda a avanzar. Al respecto se debe decir que la corriente de honda espiritualidad martirial que existe en nuestra iglesia latinoamericana es garantía y esperanza de que las sospechas y los frenos no podrán detener la vida. Ahí en efecto, está el Espíritu del Nazareno.

búsqueda, cada vez más radical, para conformarse con su Maestro, para seguirlo en fidelidad. Intuyó desde el primer momento que ese Señor suyo, que tanto lo cautivó, tenía una preferencia especial por los pobres y pequeños del mundo. El sermón que escuchó de boca del P. Huvelin en París al inicio de su proceso de conversión fue para él decisivo: "Jesús tomó de tal manera el último lugar que nunca alguien se lo pudo quitar". Desde ese día fue atraído por el misterio de Nazaret, es decir por ese Señor que se hizo hermano de los últimos. Se vio impulsado a imitarlo siguiendo materialmente el mismo camino. La intuición fue novedosa para su tiempo pues hasta ese momento la llamada "vida oculta" de Jesús se había identificado con la vida monástica. El Hermano Carlos intuyó que el seguimiento de Jesús en el misterio de Nazaret, lejos de llevarlo a la vida enclaustrada, lo impulsaba más bien a hundirse en el pueblo y ser como Jesús uno más entre los pobres y despreciados. Su vida contemplativa se desarrollaría en medio de la gente humilde; conocería en profundidad el corazón del Señor en la medida que viviría materialmente como Él vivió; haría la experiencia de fraternidad universal y la propondría al mundo, ubicándose como Jesús, entre los nazarenos del mundo.

El hecho Carlos de Foucauld puede ser considerado sin exageración alguna, como regalo de Dios para la iglesia, como una de las voces precursoras de la renovación conciliar. Su intuición y su práctica contribuyeron a dar nueva luz y sensibilizar a los cristianos sobre ciertas exigencias concretas del evangelio. Fue un fuerte llamado hacia un retorno a las fuentes y en particular a la encarnación y a los pobres.

Característica interesante del Concilio Vaticano II fue la de haber sabido acoger movimientos de renovación que ya existían dentro de la iglesia pero que no encontraban aún suficiente eco y apoyo debido a inercias y estancamientos seculares. Tal fue el caso de los movimientos bíblico, litúrgico, catequético, el de apertura al mundo moderno, etc. Los padres

conciliares supieron percibir en ellos hondura de intuición, fidelidad en la práctica y calidad de reflexión. Por eso los hicieron suyos proponiéndolos luego al conjunto eclesial.

No ocurrió lo mismo sin embargo en lo que respecta a la temática iglesia-pobres. Los testimonios cualitativos existían. Carlos de Foucauld no era el único que llamaba la atención sobre el particular, pero la práctica eclesial o más bien el contexto marcante de la iglesia conciliar no era el mundo de los pobres sino el mundo desarrollado. Las iglesias de los países subdesarrollados no habían logrado aún madurez suficiente como para marcar los debates del aula conciliar con su vida y sus problemas. Y si bien el tema iglesia-pobres fue planteado desde el inicio por Juan XXIII, sin embargo no pudo ser tratado en profundidad. Se tuvo que esperar hasta la Conferencia de los obispos de Latinoamérica en 1968, para hacerlo. Ahí "el pueblo de los pobres y los pobres de los pueblos" (3) eran una interpelación directa, grave y angustiante que exigía respuestas radicales de autenticidad evangélica.

Las opciones que tomó la iglesia latinoamericana en Medellín contribuyeron grandemente a purificarla de inercias y a lanzarla con nuevo impulso a ser presencia renovada y dinámica del evangelio. Los pobres la fueron reconociendo en muchos lugares, primero como cercana y solidaria, y luego, poco a poco, ellos mismos se hicieron parte activa de la comunidad. Esa nueva vitalidad dio un contexto diferente y enriquecedor a las fraternidades del Hermano Carlos.

Estas habían llegado a nuestro continente allá por los años 50, unos quince años antes del evento de Medellín. Se ubicaron, fieles a su vocación nazarena, como pobres entre los po-

(3) Expresión utilizada en el "Mensaje de los obispos del Tercer Mundo" del 15 de agosto de 1967. Este mensaje precursor de Medellín hace ver el despertar enérgico de las iglesias de este sector del mundo. Cfr. "Signos de Renovación", Lima 1969, p. 26.

bres, en pequeñas fraternidades inmersas en los nacientes barrios marginales de nuestras ciudades o en lugares abandonados del campo. Su presencia sencilla y solidaria, su vida orante dentro de la trama cotidiana de la vida popular, su insistencia en el valor evangélico y evangelizador del testimonio de vida, su valoración de las personas especialmente de los pequeños como preferidos del Señor, contribuyó a cuestionar estilos de vida, categorías de espiritualidad, prioridades y opciones pastorales. Su venida en medio nuestro tuvo impacto sobre un buen número de sacerdotes, familias religiosas y laicos que buscaban una presencia eclesial más evangélicamente significativa y eficaz. Las hermanitas y los hermanitos, a pesar de su pequeño número, de su presencia débil y dispersa, fueron germen de renovación dentro de nuestra iglesia, elementos importantes que coadyuvaron a preparar la Conferencia de Medellín.

Esas fraternidades habían sido sin embargo, hasta el momento, focos aislados dentro de un pueblo creyente pero bastante desconectado de la institución eclesial. Aparecían como grupitos cercanos a los pobres pero no suficientemente significativos de una iglesia que aún aparecía con otra imagen y práctica. En cambio, el surgimiento de las comunidades en medio popular fue cambiando el contexto. Empezaron en efecto, gracias al impulso de Medellín, a surgir múltiples grupos de nazarenos, no por opción de vida consagrada, sino por respuesta de fe de un pueblo pobre en contacto con la Biblia. Eran hombres y mujeres del campo, de la ciudad, gente sencilla que vivía con plenitud su vida cristiana en servicio total de su pueblo. Eran padres de familia, campesinos, obreros, vecinos de barrios marcados por la realidad de la lucha cotidiana, de las marginaciones y de las exigencias y tensiones de la organización popular. Su testimonio fiel, su coherencia en el compromiso los hacían puntos de esperanza para su pueblo. ¿Qué significaba entonces ser hermanita o hermanito en ese contexto? ¿Qué retos nuevos le planteaba a la Fraternidad esa nueva realidad eclesial? No eran ya en efecto los únicos ni

tampoco necesariamente los mejores. Era preciso vincularse a esa novedad eclesial para formar parte de ella y enriquecerse de su vida. Para ahondar más también aquello propio que debían entregar.

Hubo a mi parecer en este proceso -que aún debe ahondarse- un enriquecimiento muy importante del tema de Nazaret. Este, en efecto, ya no era algo exclusivo de ciertos grupos de vida consagrada, sino un hecho eclesial más amplio que abarcaba a muchos cristianos nazarenos por origen, nazarenos por opción. No quedaba limitado ni a la vida contemplativa clásica, ni a aquella que vivió Carlos de Foucauld; se convirtió de nuevo en patrimonio del conjunto. Con esos hermanos de condición y de fe las hermanitas y los hermanitos aprendieron mucho. Se enriquecieron de su testimonio, participaron de sus comunidades, ahondaron en la solidaridad, pudieron ser más significativamente iglesia, pudieron contribuir también mejor a que la familia cristiana ahondara en las opciones del Vaticano y Medellín.

Esta experiencia de participación en un movimiento más amplio, lejos de diluir la identidad propia de las fraternidades, ha ayudado mucho a perfilarlas y a hacerlas riqueza para otros. Quisiera en estas líneas señalar algunos elementos de la opción de Carlos de Foucauld que me parecen particularmente significativos e importantes tanto para el proceso más amplio de liberación de nuestros pueblos como para el caminar de nuestra iglesia.

Una de las características marcantes de las fraternidades es su gratuidad. Nada en efecto les obliga a llevar una vida nazarena sino la abundancia del amor que por gracia han recibido. Asumen la vida de los condenados, aquella vida tan cargada de angustia, inseguridad y desprecio, aquella vida que los pobres viven como necesidad y como infierno; ellos la asumen por gratuidad. Sí, ellas y ellos viven también ese infierno pero no como fatalidad y necesidad; lo viven por

solidaridad. Con ello quieren decirles a esos "condenados a ser condenados" que su situación no es voluntad de Dios, que sus personas son conocidas y apreciadas por el Señor, que ese Señor quiere ser Dios cercano, de alguna manera condenado con ellos. La presencia de estos religiosos busca, a partir de los hechos, dignificar a esos hermanos -son hijos de Dios, merecen ser considerados hermanos, llamados por su nombre, merecen cariño y solidaridad hasta en la comunión de vida y situación- y, a la vez, testimoniar ante ellos que el Evangelio los dignifica, que el Señor se les acerca, que se les hace amigo cercano, hermano, que lucha con ellos para conquistar esa vida que se les niega. Es gratuidad con sentido eficaz y evangélico, gratuidad que es a la vez Buena Nueva y grito profético. Dignifica y llama desde Dios a su conversión.

Las fraternidades pretenden también recordar a todos -sociedad e iglesia- el punto de referencia básico para toda transformación social. Ese punto de referencia es precisamente los últimos de la sociedad. Porque no hay sociedad justa que se construya si olvida a los últimos, si edifica un bienestar sobre el sufrimiento o la muerte de otros hermanos. Las fraternidades, con su estilo testimonial muy propio pretenden ser memoria viva de esta experiencia primordial del Reino. Exigencia para los constructores de la sociedad; exigencia para la iglesia que es testigo del Nazareno crucificado y Resucitado. Mientras haya pobres y despreciados habrá fraternidades que nos recuerden a todos el pecado de la infraternidad; mientras haya pobres habrá memorias vivas de las exigencias del Dios de la Vida; mientras haya pobres será preciso bregar porque no los haya; mientras haya pobres será preciso que haya una iglesia comprometida como el Nazareno a expresar las exigencias de Dios. Las fraternidades contribuyen a que dirigentes populares y demás agentes de transformación social, a que comunidades cristianas, laicos, religiosos y sacerdotes, cada uno según su vocación y tarea propias, mantengan viva siempre la memoria de este punto central, de tanta hondura humana y evangélica.

Alguien comentó un día refiriéndose a estos "nazarenos gratuitos" que son las hermanitas y los hermanitos de Jesús, que su testimonio planteaba algo así como "la eficacia de la ineficacia". Y es verdad, pues en un mundo tan marcado por la exigencia de una cierta eficacia, la vida de las fraternidades puede parecer como poco útil, poco rentable, sin frutos aparentes de transformación. Testimonio que a la larga podría encubrir graves evasiones en un continente tan necesitado de compromiso transformador. Sin embargo, esa vida, cuando es vivida con grandeza será profundamente rica y exigente para aquellos que la asumen como vocación y como misión. No podrá ser evasiva pues la solidaridad fraterna supone hacer suyos todos los problemas del pueblo y ayudar a su solución. Sin embargo tendrá un matiz muy propio debido a su particularidad. Será siempre muy desde abajo, muy desde lo cotidiano, muy desde su ser nazareno. Y con ello no descalifican otros tipos de compromisos, más bien los postulan, los necesitan. El suyo es complementario, no puede vivir sin los otros. Quiere recordar sí, la invaluable dignidad de la persona del pobre, la calidad de un amor que se da del todo, el don de aquella fraternidad que el mundo anhela y que debe ser vivido siempre desde los últimos para ser universal. Para una cierta mentalidad esto puede parecer ineficaz. En realidad es profundamente eficaz porque desde su sencillez es llamado fuerte a la calidad, interpelación honda a la radicalidad evangélica. Es exigencia que nos moviliza a todos.

Las fraternidades han recibido mucho de la vitalidad de nuestra iglesia. Los testimonios que existen por doquier las han impulsado a avanzar y a tener mayor creatividad en la entrega. La participación en este movimiento amplio las ha enriquecido y estimulado. Pero a su vez están en mejores condiciones para entregar a los otros lo propio, el don que han recibido para beneficio de todo el cuerpo (1 Cor. 12, 12-31). Sólo desean ser fieles a esa su vocación y misión de ser memoria viva del mensaje de Nazaret. Dios fraterno y solidario que es llamado y exigencia para todos.

Nazaret: encuentro y anuncio de Jesús

Federico Carrasquilla

El misterio de Nazaret es, sin duda, característico de la práctica y de la espiritualidad de Carlos de Foucauld. Toda su vida religiosa fue una búsqueda para concretar esa intuición que percibió en su peregrinación en Tierra Santa: vivir como Jesús en Nazaret. Esta a quien llamará su 'Bienamado hermano y Señor' fue su continuo centro de interés, la pasión de su vida.

Quisiéramos ahondar aquí los rasgos más fundamentales del mensaje que nos deja ese profeta del Sahara, y que están en la raíz de la vida de sus fraternidades, para manifestar su actualidad en nuestra Iglesia latinoamericana. Luego que el Papa Juan XXIII invitara a la Iglesia a renovarse, las Asambleas de Medellín y de Puebla recogieron ese llamado para concretarlo en nuestro continente. Frente a esa preocupación de nuestra Iglesia, la actitud del Hermano Carlos nos enseña que para renovar nuestra vida cristiana hemos de volver a Nazaret, volver a Jesús de Nazaret.